

UN NEGOCIO EDITORIAL

Con estos apuntes, redactados a modo de memorándum, me propongo escribir una Historia de la Literatura Nacional, cuyo texto he de someter a la consideración de don Carlos Nascimento, editor que ha enriquecido el índice de las letras chilenas con las obras de Anatole France, Blasco Ibáñez, Eugenio Labarca, Paul Bourget, Nicolás Palacios y Omar-Al-Khayyam.

El señor Nascimento—tengo mis razones para comprobar la veracidad de esta afirmación—es un editor juicioso, inteligente, sereno. Conoce los gustos del público y sabe cuándo un autor apunta en el blanco y cuándo no.

Por delante de su mesa de editor han pasado casi todos los que en este país escriben o piensan escribir. El señor Nascimento escucha en confesión los pecados literarios y cuando nada queda, por decir, este hombre, que ha permanecido silencioso, abandona su actitud de observador, se sonríe y barajando unos argumentos abrumadores, que saca del libro de contabilidad de la casa, abstuelve o condena al penitente.

De lo dicho se desprende que la obra que me propongo realizar no es tan sencilla como parece. Para su publicación hay que vencer mil dificultades. Pero tengo fe en el éxito; fe ciega en el criterio artístico y comercial del editor, a quien, para probarle que la idea no es hija de una venganza ni constituye un atentado a sus intereses, daré a conocer previamente el plan del libro.

El título, "Historia de la Literatura", no corresponde exactamente a la índole de la obra, porque no tengo intenciones de escribir la historia de algo que aún no está bien definido, ni poseo cualidades didácticas para emprender un estudio que requiere método, paciencia, erudición e inventiva.

En las historias de este género hay la mala costumbre de hacer figurar el nombre de un buen número de oradores, novelistas, periodistas y poetas de figuración destacada. Y eso no está bien, porque son valores demasiado conocidos para ocuparse de lo que hicieron y no hicieron.

Yo tengo, en cambio, un índice en el que figuran unos ciento cincuenta individuos que no son poetas, ni oradores, ni novelistas, pero que querían serlo.

Para completar la lista de esos elementos utilizables, basta colocar un aviso en los diarios anunciando que va a editarse una historia completa de la literatura nacional, para cuyo objeto el autor so-

licita de los escritores el envío de datos y referencias, los que deberán venir acompañados de una fotografía del biografiado y de un trozo de lo que ellos estimen su mejor producción.

A fin de evitar que la casilla se congestionara demasiado, se retirará la correspondencia a distintas horas, tarea sencilla y amena, por lo demás, que el autor acepta desde luego.

Una vez ordenada la correspondencia habrá que corregir las autobiografías; en seguida se construirán los capítulos, clasificando primero a los poetas, después a los periodistas, a los oradores, a los novelistas, y en seguida habrá que poner a los que se dedican al cultivo de ramos especiales, como ser: aquellos que escriben epitalamios y necrologías, los que hacen acrósticos, los que publican artículos rotativos y artículos anunciando colectas de caridad, los que ponen sonetos y pensamientos en los albumes, etc.

Para no herir ninguna susceptibilidad y también para no comprometer demasiado el prestigio del autor, hay que cuidar que los juicios que se emitan en la obra sean breves y vagamente elogiosos; especialmente cuando se trate de hablar de una señorita.

Ahora, como es probable que los escritores de alguna situación se abstengan de concurrir al Maná, podría citarse el nombre de Barrios y decir que es un novelista hueco, de estilo arcaico y desprovisto de interés. A renglón seguido injuriaremos a Mariano Latorre, a Edwards Bello, a Marta Brunet, a Juan Espinosa, a la Mistral, con lo cual los que figuren en el libro se sentirán muy satisfechos y harán comparaciones conmovedoras.

En Santiago no menos de dos mil individuos aspiran a ser literatos, y como cada uno de esos individuos adquirirá varios ejemplares del libro para regalarlo entre los amigos y parientes, he llegado a la conclusión, después de un cálculo prudencial exagerado, que podrían venderse sin ninguna dificultad nueve mil volúmenes, que a seis pesos cincuenta, dan ochenta y un mil pesos.

El margen de utilidad no me importa, porque las utilidades—conste que no me refiero al señor Nascimento ni mi amigo Gallay—son siempre para el editor.

Me interesa consagrarme de una vez y para siempre, y eso creo que lo he conseguido.